

Italia: cambio de República, ¿cambio de democracia?

Leyendo las interpretaciones que han solido hacerse de la más reciente evolución política italiana se tiene la sensación de que una insoportable levedad se ha apoderado de los analistas. A ella le acompañan dos compañeros de viaje habituales: el primero es la anécdota y el segundo es el catastrofismo. En realidad no son tan distintos sino que bien se podría decir de ellos que resultan hermanos gemelos. Es muy probable que tanto yerren quienes se basen tan sólo en la penúltima declaración de un político italiano, de los alumbrados en la última hornada, como quien augure una inmediata fascistización de Europa como consecuencia de una oleada proveniente del Sur.

Quizá es preciso tomar la cuestión italiana con una cierta carrerilla histórica para llegar a entender que no se trata nada más que de una forma concreta de llevarse a cabo algo que en la práctica se está dando en todo el mundo democrático occidental. La caída del comunismo ha supuesto el entierro definitivo de un ideario que durante casi dos tercios de siglo ha sido un punto de referencia ideológico obligado. El comunismo no va a dejar herencia ni enseñanza: era una de esas sendas erradas que la Humanidad a veces ha elegido sin ser consciente de su inviabilidad. Pero, ahora, sepultado ya, descubrimos que no hay una democracia virgen e impoluta a la que haya que volver sino que, porque ésta se ha basado siempre en un esfuerzo constante hacia la identificación entre Sociedad y Poder Político, estamos obligados a llevar a cabo una revolución con ella y darle un nuevo sentido, el exigible en el fin de siglo que nos ha tocado vivir. El caso italiano no es otra cosa

**JAVIER
TUSELL**

«El comunismo no va a dejar herencia ni enseñanza: era una de esas sendas erradas que la Humanidad a veces ha elegido sin ser consciente de su inviabilidad.»



que la demostración de que un país, del cual se daba por supuesto que tenía instituciones democráticas estables y perfectas desde hacía casi medio siglo, puede entrar en crisis si no está atento a la necesidad de renovación. Se trata, pues, de un aviso a navegantes cuya lección convendrá tener muy en cuenta para evitar la angustiosa sensación de asomarse al vacío y las incógnitas sucesivas que sin duda han debido sufrir no pocos italianos en los últimos tiempos y que no se han despejado en el momento actual.

El pecado Original Un punto de partida del que sería necesario partir es el que se refiere a los antecedentes remotos. El caso de Italia, como el de Japón, otro país que llegó a la democracia como consecuencia del fin de la segunda guerra mundial y la consiguiente derrota de los regímenes del Eje, tiene como antecedente remoto la vertebración del sistema político en torno a 1945, que tan sólo ha entrado en crisis después de la liquidación del comunismo. El hecho de que no se haya producido un fenómeno semejante en Alemania quizá se deba poner en relación con la unificación de este país, con las mayores cautelas adoptadas en el momento original del sistema o con el hecho de que en este último país haya existido una mayor capacidad y voluntad para la evolución.

El hecho es que desde el mismo momento constituyente de la Primera República italiana se sentaron unas bases de las que luego ha derivado la crisis posterior. La primera de ellas se refiere a la prevención de cualquier inclinación autoritaria mediante el reforzamiento del control parlamentario. Era lógico que existiera esta predisposición en los constituyentes italianos después de la experiencia de Mussolini; lo que no lo resultaba tanto es que no se hubieran tenido en cuenta los peligros contrarios. Quizá contribuyera a ello el hecho de que la experiencia italiana de la democracia había sido más corta que la alemana. En Italia, en efecto, el régimen democrático se puede considerar nacido tan sólo en 1919, es decir, tres años antes de la llegada al poder de Mussolini, mientras que en Alemania hubo toda la experiencia de la República de Weimar hasta 1933. Esta estuvo en el origen de las cautelas adoptadas para evitar una democracia inestable. En Italia se denominó como el "principio del tirano" que llevaba a dar la superioridad a los mecanismos parlamentarios. Sin embargo, para compensarlos en Alemania se adoptaron medidas correctoras como el voto de censura constructivo o una ley electoral que no tuvo un carácter tan absolutamente proporcional como la italiana, cuya consecuencia práctica ha sido sustraer todas las decisiones políticas importantes al elector y entregársela a los dirigentes de los respectivos partidos. Importa recalcar que este predominio del parlamentarismo no fue una decisión de un solo grupo, sino de todos: los comunistas, como veremos, han optado de manera clara por una versión jacobina de la democracia que la identificó de

«El parlamento, como es lógico, ha sido el principal responsable gubernamental de la Primera República italiana, que ha tenido un gobierno por año aproximadamente.»



modo principal con una Asamblea en deliberación casi permanente y un ejecutivo débil. El parlamentarismo, como es lógico, ha sido el principal responsable de la inestabilidad gubernamental de la Primera República italiana, que ha tenido un gobierno por año aproximadamente. Los italianos bromeaban acerca de esta realidad asegurando además que la compensaban gracias a la existencia de una sociedad civil fuerte y una administración que era independiente de los cambios políticos.

Pero el parlamentarismo no constituyó el peligro más grave con el que tuvo que habérselas la Primera República italiana. La verdadera clave de sus males se encuentra no en esa inestabilidad sino en el hecho de que las crisis políticas en realidad no tenían un origen predominantemente parlamentario sino que, por el contrario, hay que atribuir su gestación a maniobras de los grupos políticos o en el interior de los mismos aunque acabaran por escenificarse en las asambleas representativas. Tampoco la respuesta del electorado en ocasión de una consulta jugaba un papel en la determinación del rumbo político sino que tenía lugar tras los cubileteos entre la clase dirigente. En definitiva, el régimen político italiano sumaba a la existencia de un exceso de parlamentarismo un predominio de los partidos políticos sobre la decisión del elector.

Desde el mismo momento constituyente la democracia italiana se concibió a sí misma como "democracia de partidos". La expresión fue del socialista Lelio Basso, pero la actitud tendente a atribuirles un papel decisivo se aprecia en figuras muy relevantes de la política de la época cuya significación era muy distinta como, por ejemplo, el democristiano Dossetti o el comunista Togliatti. Lo que había en este tipo de planteamiento era una mezcla confusa de realidades, tradiciones y deseos cuyo resultado no cabe la menor duda a estas alturas que fue nefasto. Había, en primer lugar, la sensación de que el partido era un imprescindible instrumento para encauzar la participación popular y que, además, estaba caracterizado por su modernidad. La tradición italiana en ese período de la primera posguerra mundial parecía identificar la experiencia democrática con los partidos de masas. También en la etapa del fascismo el partido había jugado un papel muy importante y no sólo desde el punto estrictamente político sino también en la propia vida cotidiana. Pero en fin, aunque no se hubieran dado estas circunstancias, lo cierto es que el resultado habría sido el mismo porque resultaba inevitable que en una democracia como la que Italia engendró en 1945 se produjera un papel protagonista de los partidos. La movilización política fue muy extensa y tuvo como consecuencia la vertebración de dos poderosos "sujetos populares" y un tercero mucho más fragmentado. Por "sujeto popular" los especialistas italianos entienden un fragmento de la sociedad articulado a través de una red institucional y asociativa que representa toda una

«En definitiva, el régimen político italiano sumaba a la existencia de un exceso de parlamentarismo un predominio de los partidos políticos sobre la decisión del elector.»



concepción de la vida y una alternativa global de vertebración del futuro. Los dos "sujetos populares" por excelencia fueron el mundo católico, vertebrado en torno a la democracia cristiana (la llamada "ballena blanca"), y el Partido comunista, mientras que lo que se denominó como el "polo laico" estuvo siempre caracterizado por una pluralidad muy amplia de grupos. Considerados durante mucho tiempo como radicalmente incompatibles esos dos "sujetos populares", eso favorecía un elemento de participación popular pero también de inmovilismo en el sistema político. La primera se pudo apreciar en las reducidas tasas de abstencionismo, de las que se pudo pensar que convertían a la democracia italiana en ejemplar.

Pero el inmovilismo demostró, en la práctica, que esa caracterización era profundamente incorrecta. Por supuesto este rasgo de la democracia no estaba escrito en 1946, aunque a partir de la primera elección decisiva, la de 1948, se fue convirtiendo en el principal elemento distintivo de la política interna italiana. Lo que Ronchey ha denominado como el "factor K" consistía simplemente en que en la izquierda predominaba de manera muy clara un partido comunista muy potente, como no existía otro en Europa occidental. Sin duda Togliatti había jugado, gracias a su moderación, un papel importante en la vertebración del sistema democrático italiano, pero, al margen de que la guerra fría tuviera los efectos previsibles en el enfrentamiento entre izquierdas y derechas, es cierto también que los comunistas italianos practicaron lo que se ha denominado por los historiadores como "la dopiezza", es decir, una cierta ambigüedad que no quería decir que sus dirigentes intentaran conspirar para destruir las instituciones democráticas pero que podía implicar, por ejemplo, que los partisanos de esta significación guardaran sus armas empleadas en la lucha contra los alemanes o no renunciaran a la vía revolucionaria sino muy lentamente. Toda la historia de la República italiana se reduce al intento, al fin fallido, del PCI de ser considerado como una fuerza política capaz de turnar con el resto. Como no lo logró —y la causa principal también reside en sus características peculiares— el régimen se caracterizó por la carencia de alternativa. Ahora este rasgo se nos presenta como el más decisivo del sistema político italiano hasta 1993, en comparación con Alemania y en coincidencia con Japón. No cabe la menor duda de que esa carencia de alternativa favoreció un inmovilismo absoluto de fondo frente a la aparición de la sucesión incesante de gobiernos.

Por supuesto esta realidad contrasta con la imagen que de ella se tuvo en el pasado, en donde fenómenos como la llamada "apertura a sinistra" tuvieron tanta repercusión, por ejemplo, sobre los jóvenes dirigentes políticos españoles formados en la oposición al franquismo. En realidad aquella fórmula política encerró muy escasa

«Toda la historia de la República italiana se reduce al intento, al fin fallido, del PCI de ser considerado como una fuerza política capaz de turnar con el resto.»



novedad práctica. Puede decirse todavía más: no se trató más que de una resurrección con características peculiares de un fenómeno muy habitual en la política italiana del siglo XIX y comienzos del XX: el "transformismo". Se entiende por éste una práctica política gracias a la cual la Monarquía liberal de los Saboya logró integrar en el sistema político a cualquier opción política que surgiera, principalmente de izquierdas pero también de derechas, concendiéndole una parte del poder pero vedando que apareciera como alternativa global. En realidad eso es exactamente lo que ha sucedido durante toda la Primera República que, por lo tanto, ha demostrado una inmensa capacidad para la integración pero una nula eficacia para engendrar alternativas totales que se turnaran en el poder. Ni siquiera se puede decir que el Partido Comunista italiano haya permanecido al margen de esta realidad transformista, no sólo porque ha compartido el poder regional y municipal sino también porque a fin de cuentas también han existido gobiernos en Italia cuyos programas habían sido pactados, de una forma más o menos explícita, con la oposición comunista, que, por lo tanto, había dejado de serlo sin que ello significara que hubiera llegado al poder. Se puede decir de estos gobiernos que fueron la fase más sofisticada del "transformismo".

Los críticos de izquierda a la Primera República han insistido, una y otra vez, en que los males de la misma han derivado sobre todo de esa carencia de alternativa, pero, al margen de que el "transformismo" afectara a todos, hubo algo peor que él. Sin duda la carencia de alternativa sirvió para cristalizar un sistema partitocrático, pero lo pésimo de éste fue el arraigo que logró, lo alejado que estuvo del ciudadano y las penosas consecuencias prácticas en que concluyó.

Imaginado el sistema político como una "democracia de partidos", la primera paradoja de la práctica real en la Primera República fue que ni siquiera se tomó en consideración la necesidad de que los propios partidos fueran democráticos en su funcionamiento interno, prevención que hubiera sido lógico tomar en consideración en el momento fundacional y constituyente. En vez de eso el sistema de partidos italiano se caracterizó por dos rasgos esenciales: la fragmentación, en parte favorecida por el sistema proporcional pero no sólo por él, y la elefantiasis, nacida del papel eminente atribuido por el texto constitucional pero todavía más desarrollado en la práctica. En cuanto a la primera no sólo se refiere a la proliferación de partidos sino también a la subdivisión interna de ellos, lo que tiene poco que ver con el sistema electoral. En realidad el fenómeno de esa fragmentación interna no denotaba ni mucho menos una lucha ideológica en el seno de cada familia política sino que era la consecuencia misma del alejamiento del sistema de partidos del elector. Como en la etapa de la Restauración española sucedía que los grupos políticos, por haber convertido al ciudadano

«Los críticos de izquierda a la Primera República han insistido, una y otra vez, en que los males de la misma han derivado sobre todo de esa carencia de alternativa.»



en tan sólo un espectador, veían proliferar las tendencias que no obedecían a otra cosa que a concupiscencias de poder. En teoría, entre algunas tendencias socialistas o democristianas podía haber más afinidad con los comunistas que con sus propios compañeros de partido, lo que demuestra un olímpico desprecio por el ciudadano. La elefantiasis nacía de ese propósito teórico, pronto incumplido, de que los partidos trataran de articular una porción entera de la sociedad italiana incluso en facetas muy alejadas de lo político. De ahí unas estructuras gigantescas, la proliferación de burocracia y también el reparto del poder político y social en parcelas que dependían de los porcentajes logrados en las elecciones. La propia frecuencia y competitividad de éstas parecía justificar la "democracia de partidos". Los partidos parecían casi todo en Italia y, por supuesto, tenían la pretensión desmesurada de instrumentalizarlo todo, en apariencia para servir a la democracia nacida en la posguerra mundial pero en la práctica para beneficiarse ellos mismos. Les ayudaba, sin duda, la experiencia histórica de los años del fascismo. Lejos de fomentar ésta una tendencia a ver la democracia como una conquista imaginativa y como una tarea permanente de participación, les encerró en un bunker defensivo en donde a partir de un momento se vivió una atmósfera irrespirable que nada tenía que ver con la de la sociedad italiana hasta ser antagónica con respecto a ella. Cualquier cambio de una cierta envergadura era presentado como un atentado a los partidos y, en segunda instancia, a la democracia. Cuando, en 1953, los democristianos quisieron introducir una ley electoral que concediera una prima a la mayoría se encontraron con que el intento era asimilado a la Ley Acerbo que le permitió a Mussolini obtener su mayoría parlamentaria, una vez llegado al poder. Más adelante, en 1958, cuando los franceses liquidaron su Tercera República introduciendo un ejecutivo fuerte, la interpretación que hicieron los políticos italianos fue que su vecino estaba a punto de caer en el fascismo. Lo cierto es que estaba innovando y que esto hizo posible que una alternativa de izquierda gubernamental llegara al poder en su momento. Nada parecido sucedió en Italia.

Un especialista italiano ha utilizado, para describir la práctica habitual en el sistema político italiano, una expresión que puede ser la mejor caracterización del mismo. Por "polarismo colusivo" Cafagna entiende un sistema político en que, en teoría, las diferencias de principio, basadas en concepciones de la vida antagónicas, enfrentaban de forma decisiva a los ciudadanos; en la práctica, sin embargo, existía una colusión entre los partidos que concluía, en la práctica, en una existencia, si no de un partido único, sí de una clase política cuya solidaridad interna, al margen de los idearios, era mucho mayor que el antagonismo programático presentado a los ciudadanos en el momento electoral. Indignados comentaristas de la realidad italiana han llegado a comparar esta

«Cuando los franceses liquidaron su Tercera República introduciendo un ejecutivo fuerte, la interpretación que hicieron los políticos italianos fue que su vecino estaba a punto de caer en el fascismo.»



clase política con la "nomenklatura" en la época de Chernenko. Eso puede ser una exageración, pero la cohabitación generalizada en que se ha vivido en Italia ha acabado por justificar esas críticas y, sobre todo, ha convertido a los profesionales de la política en sordos y ciegos ante la realidad social italiana. En las elecciones se acudía a personajes conocidos para obtener votos, pero luego eran olvidados, una vez utilizados. En teoría era posible la consulta directa al elector merced a los "referenda" o la expresión de una preferencia individual por un candidato mediante el voto del ciudadano. En realidad esos dos mecanismos que hubieran podido servir para dar al sistema político un mayor contacto con la realidad muy a menudo no lo consiguieron. Hubo "referenda", hasta el último momento, que los partidos vetaron que se llevaran a cabo pretextando su inconstitucionalidad y las preferencias de voto sirvieron en el Sur para incrustar a elementos de la Mafia en el seno de todos los grupos políticos, cuando no fueron simplemente olvidados por los partidos políticos. En una elección municipal celebrada en fecha tan tardía como 1991 en Palermo, la ciudad siciliana, la oligarquía dirigente del partido vencedor llevó a la alcaldía... ¡al vigésimo tercero de los candidatos de su lista en las preferencias de los electores! No se ha insistido lo suficiente en la verdadera esencia de un fenómeno como el de la elección en un parlamento pasado de una actriz pornográfica: lo que testimonió no fue un peculiar sentido del humor del electorado italiano sino, simplemente, que bastaba ser colocado en una lista electoral para salir elegido como diputado.

Tras ese mundo de un sistema de partidos hiperprotegido por la legalidad había lo que desde un principio podía temerse y hoy en día sabemos de manera por completo clara. Ya desde un principio, a mediados de los cuarenta, las antiguas organizaciones clientelares que habían controlado el voto en la Italia del Sur durante la Monarquía liberal se integraron en el nuevo sistema de partidos; de ahí, por ejemplo, que la Democracia Cristiana, que tenía concentrado su sufragio en Venecia y el valle del Po, lo extendiera hacia el Sur. Pero lo malo no fue eso, sino el hecho de que esos procedimientos clientelares impregnaran toda la vida pública italiana. La consideración eminente atribuida a los partidos (y a las fracciones dentro de ellos) sirvió para justificar que se convirtieran en los beneficiarios del reparto de los puestos en la Administración pública siguiendo un sistema que tenía reglas particulares muy precisas y rigurosas ("lottizzazione"), pero cuyo resultado no era otra cosa que un gigantesco fraude al ciudadano y al Estado de Derecho. Ni la llegada al poder (en realidad, al reparto en parcelas de la Administración) de nuevos partidos como el socialista, ni la adopción de procedimientos supuestamente modernizadores, como la financiación pública de los partidos, mejoraron la situación, sino que contribuyeron a empeorarla porque lo primero no introdujo

«A fines de 1991 se llegaba a decir del quinto país industrial del mundo que padecía "un eclipse de legalidad".»



otra cosa que un nuevo destinatario del reparto y lo segundo no cortó de raíz la financiación ilegal, que siguió existiendo en parecida proporción o en superior aún. Con el transcurso del tiempo fue desapareciendo el enfrentamiento ideológico que en los años cuarenta había tenido como consecuencia unas estructuras partidistas rígidas y pronto anquilosadas pero, sobre todo, se produjo la descomposición de esos "sujetos populares", en especial el católico, que adquirió mucho mayor pluralismo. Pero el sistema político no sólo no cambió sino que multiplicó sus defectos. A fines de 1991 se llegaba a decir del quinto país industrial del mundo que padecía "un eclipse de legalidad". Italia se había convertido en "un país feudal dominado por el privilegio" en el que cada una de las leyes eran el producto, no de la búsqueda del bien común, sino tan sólo de la negociación entre fracciones con intereses particulares. Se puede imaginar que frases como éstas procedieran de algún grupo de la extrema izquierda. Pero no es así: están extraídas nada menos que de un pronunciamiento de la Conferencia episcopal italiana. El espectáculo debía de ser muy estremecedor como para que una entidad tan poco proclive a la estridencia hiciera declaraciones como éstas.

Los intentos de reforma. "A posteriori" resulta fácil constatar cuál fue la clave en la evolución de los acontecimientos y el abismo extraordinario que se produjo entre la clase política y una sociedad dinámica, cada día más alejada de la política oficial. Siempre permanecerá, sin embargo, como una incógnita la razón por la que quienes ejercían el poder se demostraron tan inapelablemente enquistados en sus propias posiciones y permanecieron tan sordos ante los ciudadanos. Para explicarlo quizá hay que remitirse durante no poco tiempo, convenció a los propios italianos de que así era y de que la autorreforma resultaba posible. Un buen ejemplo de ello nos lo ofrece la financiación pública de los partidos que fue aprobada en 1974 y sometida a referéndum tres años después, momento en que logró todavía el 58% de los votos gracias al apoyo de todas las organizaciones políticas. Hubo que esperar década y media para se iniciara el derrumbe definitivo del sistema. Lo curioso del caso es que entonces aparecieron como principales protagonistas del mismo quienes en el pasado inmediato habían pretendido suponer una reforma o al menos una dinamización de la política italiana. Craxi en la actualidad es considerado como el ejemplo emblemático de un sistema político que se suicidó por ceguera pero su significación inicial fue por completo distinta. En 1976, a la víspera de que Craxi se hiciera con la dirección del Partido Socialista italiano, éste había llegado a una cota mínima del 9,6% de los votos y él fue capaz de llevarlo en 1987 al 14%. Si llegó al liderazgo fue, en realidad, porque no era un peso pesado en el seno de su propio partido y porque nadie

«Craxi en la actualidad es considerado como el ejemplo emblemático de un sistema político que se suicidó por ceguera pero su significación inicial fue por completo distinta.»



parecía temerle demasiado, pero su caso fue uno de aquellos en los que la propia función pareció convertir al dirigente de circunstancias en líder. Lo que importa es que en el momento en que apareció en un lugar eminente de la vida pública italiana Craxi significaba una renovación generacional que él mismo hacía presente a la menor oportunidad recordando, por ejemplo, que cuando él estaba en el colegio ya Andreotti era diputado, sólo que de un régimen que entonces era todavía monárquico.

Pero lo que Craxi representó fue, más que esa renovación generacional, un cambio de estilo, en especial en el seno de la izquierda italiana. Todo en el líder comunista Enrico Berlinguer era reserva y prudencia, mientras que las características de Craxi desde un principio fueron la capacidad para el riesgo y la improvisación, la exuberancia y la agresividad. Eso le convirtió en capaz de llevar la iniciativa y de convertirse en dinamizador de la política italiana. Craxi puso de moda el "decisionismo" frente a un sistema político que se había caracterizado hasta entonces por la búsqueda perpetua del consenso incluso respecto de quienes permanecían a extramuros del sistema, como era el Partido Comunista. Parecía ser un modernizador y, aunque se le acusara de autoritario (el humorista de *La República*, Giannelli, le representó siempre calzado con las botas de montar mussolinianas), se era consciente de que la política italiana tenía necesidad de una buena dosis de rigor autoritario. En los primeros mil días de presidente, Craxi había superado once cuestiones de confianza y había conseguido aprobar la mitad de las leyes que presentó a la consideración del parlamento. Esa estadística suponía un cambio radical con respecto al pasado político italiano. Hoy sabemos, sin embargo, que ésa era tan sólo la apariencia de Craxi y no su realidad, porque no significaba un cambio en sentido positivo del sistema político sino más bien la prolongación en el tiempo y la profundización del mismo mediante el ejercicio del más espectacular desenfado, como si las reglas de la política exigieran el alejamiento radical del recuerdo a la moral. Lo que no se percibió en un principio fue lo que luego se ha denominado como la "sicilianidad" de Craxi en que el clientelismo y una financiación paralela del partido entremezclado con las finanzas personales llegaron al extremo. En última instancia su propia posición en la política italiana constituía no tanto un testimonio de modernización sino una prueba de los peores vicios del sistema. En realidad tenía muy pocos votos pero podía utilizarlos muy bien porque estaba situado en el centro del espectro político y ello le servía para pactar con la Democracia Cristiana, amenazando, caso de no aceptarse sus condiciones, con volverse hacia los comunistas. Su caso era, por tanto, un perfecto ejemplo de juego político que poco o nada tenía que ver con los intereses de los ciudadanos. En cambio los beneficios propios los cuidaba con esmero y más aún en

«Lo que no se percibió en un principio fue lo que luego se ha denominado como la "sicilianidad" de Craxi en que el clientelismo y una financiación paralela del partido entremezclado con las finanzas personales llegaron al extremo.»

la política municipal que en la nacional. El PSI consiguió extenderse por el Sur clien-telar y allí (y en toda Italia) tuvo una especial predilección por las cuestiones urbanísticas por razones que no hace falta explicar. Lector de Maquiavelo, Craxi descubrió ser también una especie de personaje amoral del Renacimiento; la mejor comparación que de él se hizo fue la que le asemejó a Ghino di Tacco, un bandido que obligaba a pagar una especie de peaje a quienes pasaban por la zona que él controlaba. Ni el término "peaje", ni tampoco "pago" o "bandido", parecen inapropiados en la comparación, visto lo que luego se ha demostrado.

No puede extrañar, en estas condiciones, que cuando, a lo largo de los ochenta, se debatieron posibles propuestas de reforma para el sistema político italiano, la que hizo el PSI, aparte de tardía, estuviera dirigida sobre todo a consolidar sus adquisiciones más que a cambiar un ápice el sistema. Consciente de su papel en la vida pública italiana, Craxi defendió una cierta fórmula presidencialista que hubiera consagrado su posición cardinal en aquélla. Pero ésa era una muestra más de que su reformismo consistía nada más que en pensar en sí mismo y en los suyos: un presidencialismo sin cambiar el resto del sistema político italiano hubiera convertido a éste en poco menos que un monstruo mitológico, una especie de centauro de imposible funcionamiento.

Pero la verdad es, al mismo tiempo, que sería excesivo culpar en exclusiva a Craxi de esta actitud porque todos los grupos políticos italianos si por algo se caracterizaron fue precisamente por hacer propuestas que tan sólo les beneficiaban a sí mismos. De Mita, el dirigente de la Democracia Cristiana, propuso una prima a la mayoría corrigiendo el sistema electoral proporcional, y el voto de censura constructivo, que favorecería la estabilidad gubernamental. No pensaba en el país sino en su partido, que seguiría previsiblemente siendo el más votado de los italianos. En la antítesis de esta actitud el Partido Comunista defendió, ante todo, la primacía del parlamento aunque para ello también propusiera la desaparición del senado, es decir, el monocameralismo. La consecuencia previsible de que cada partido no hiciera otra cosa que proponer reformas que tan sólo le beneficiaban a sí mismo fue que la autorreforma consistió tan sólo en un larguísimo ejercicio verbal sin ninguna efectividad práctica. Los verdaderos proyectos reformistas nacieron, en consecuencia, al margen de los grandes partidos e incluso en contra de ellos a comienzos de la década de los noventa. Ahora que apenas quedan cenizas de la Democracia Cristiana no viene mal recordar que fue en los medios relacionados con el mundo católico en los que se originó el primer y más consistente proyecto reformista, aunque concluyera en el fracaso final de su protagonista, Mario Segni. Este diputado sardo había pertenecido a un grupo en el seno de su partido,

«Los verdaderos proyectos reformistas nacieron, en consecuencia, al margen de los grandes partidos e incluso en contra de ellos a comienzos de la década de los noventa.»



dirigido por De Cairolis, que a mediados de los años setenta había tratado de conseguir, mediante el apoyo del electorado expresado en la preferencia de voto, que se cerrara el paso a la fórmula del "compromiso histórico", es decir, al acceso de los comunistas al poder mediante un ejercicio más de ese transformismo del que ya se ha tratado como fenómeno constante de la vida política italiana. Lo importante no es el contenido de lo que quería hacer sino la voluntad de evitar la traición al ciudadano que hubiera supuesto que se tomara esa decisión sin contar con su voluntad. Para Segni, ya a comienzos de los noventa, la fórmula esencial para regenerar el sistema político italiano había de consistir en convertir la ley electoral en mayoritaria; para ello propuso un referéndum. Sin embargo ni los jueces ni los partidos, ni siquiera el suyo propio, le dieron ninguna facilidad para conseguir un cambio tan importante como éste. De los tres "referenda" que propuso ante los ciudadanos sólo le resultó posible conseguir que se votara uno sobre una cuestión en apariencia muy menor: pretendía reducir la posibilidad de ejercer la preferencia de voto en las elecciones a tan sólo un nombre de candidato y no a cinco. La significación de la propuesta no resulta transparente y es, por ello, preciso explicarla: la preferencia única sería ideológica mientras que la plural era mucho más manipulable por parte de la política clientelística en el sur del país, con el resultado de introducir a las organizaciones mafiosas en su seno.

El referéndum se llevó a cabo en junio de 1991 y su planteamiento enfrentó a las direcciones de los partidos con un puñado de herejes, no sólo democristianos, puesto que Segni había logrado algunos apoyos en otros sectores políticos. Craxi aconsejó a los electores que se fueran a la playa y confió en que no votara ni la mitad de los mismos. Andreotti aseguró que una cuestión como la que se planteaba no le interesaba "ni a cuatro gatos" y Forlani, también dirigente de la DCI, quitó significación a la propuesta de Segni y aseguró que una reforma como la suya se haría con más seriedad pero también "más tarde". Los resultados de la consulta testimoniaron que ya estaba latente una insurrección en contra de los profesionales de la política y las cúpulas de los partidos. Votó el 62% del electorado y de cada 23 electores que lo hicieron 22 estuvieron a favor de la propuesta. Incluso si se hubiera tenido en cuenta el electorado abstenido, resultaría que 18 de los 26 millones de electores se habrían manifestado a favor de una propuesta que había sido condenada "a priori" por los partidos que esos mismos electores votaban en las elecciones ordinarias. Existía, por tanto, una sublevación ciudadana contra la política profesional de la que hubo, por estos mismos tiempos, otros testimonios. Un ejemplo característico es que el que ofrece el final de la presidencia de Cossiga, otro demo-cristiano, que, próximo a abandonar el cargo, se dedicó a zarandear a la que denominó como "cosa nostra"

«Con la propuesta de Segni se había consagrado, además otro fenómeno político, el de la "transversalidad". Se ha de entender por este término la colaboración de personas de procedencia ideológica dispar en favor de un programa político concreto.»



partidista. Ya en tiempos de Pertini la presidencia italiana había adquirido una cierta condición de magistratura moral que ahora se acentuó a pesar de que quien la desempeñaba fuera acusado de desequilibrado. El propio Papa hizo mención del "peso excesivo" de la mediación política en Italia y de la "extendida ilegalidad" que se padecía como consecuencia de ella.

Con la propuesta de Segni se había consagrado, además, otro fenómeno político, el de la "transversalidad". Se ha de entender por este término la colaboración de personas de procedencia ideológica dispar en favor de un programa político concreto. Este fenómeno de la transversalidad constituye un testimonio de hasta qué punto después de la caída del comunismo había perdido sentido la división de Italia en tendencias contrapuestas, en especial esos dos "sujetos populares" ya mencionados. La política "transversal" testimonió la ruptura con los esquemas partidistas tradicionales y el aprecio sentido por la opinión respecto de las personalidades que actuaban al margen de la disciplina de los grupos políticos. Sin embargo, el exceso de trashumancia política de Segni acabó por arruinar unas posibilidades electorales que sin duda fueron muy importantes durante no escaso tiempo.

Pero la "transversalidad" no se agotó en esta manifestación sino que ha tenido también otras. En el fondo la creación de las Ligas en la zona Norte de Italia ha tenido ese origen, por lo menos en lo que respecta a la procedencia del electorado, puesto que éste procedía no sólo de la derecha sino también de la izquierda. Esa procedencia plural, sin embargo, fue aglutinada merced a la existencia de un sentimiento de identidad nacido del mal funcionamiento de un Estado. La gran cuestión política durante la etapa de la Monarquía liberal fue, sin duda, la relativa al Sur subdesarrollado; ahora en los comienzos de los noventa era el Norte desarrollado quien, después de haber presenciado la inversión pública sistemática en el Sur, engendradora de todo tipo de clientelismos, se insurreccionaba en contra de quienes le habían quitado toda iniciativa política con la esperanza de mantener a su clase dirigente tan sólo ocupada en cuestiones económicas. Aunque las Ligas empezaron a obtener votos en los ochenta fue a fines de 1991 cuando por vez primera conquistaron un porcentaje importante de votos en una ciudad como Brescia. Dio entonces la sensación de que se podía producir un fenómeno como el de Yugoslavia, es decir, la emergencia de una clase política en el lugar al que le corresponde el centro de gravedad económica, con efectos separatistas como los tuvo en Croacia o Eslovenia. En el caso de las Ligas, además, nos encontramos con una renovación radical de la clase política merced a la aparición de quienes hasta el momento no habían actuado en la vida pública o de quienes habían sido marginados por los grandes partidos. Se trataba por tanto de un

«El parlamento colapso porque a la adscripción partidista se le sumaba esa "transversalidad" que comprometía a los más valiosos a un proyecto de reforma que amenazaba a los demás.»



ejemplo más de la insurrección contra el sistema político vigente y contra la "nomenklatura" de la Primera República. En cierta manera "La Rete", la coalición basada en la lucha en contra del clientelismo siciliano, tuvo un idéntico carácter "transversal" pero sobre todo entre sus dirigentes: más que nacer una nueva clase política lo que sucedió es que se reagruparon los dirigentes que se mostraron dispuestos a combatir al clientelismo.

El ColiipSO del UÚnkeT. De esta manera puede decirse que a comienzos de 1991 existía ya un escenario que hacía previsible un cambio político fundamental en Italia al que no haremos aquí una alusión pormenorizada por suficientemente conocida. La crisis final de la Primera República sólo puede entenderse con los antecedentes de los que se ha tratado con anterioridad que provocaron a la vez la parálisis en la clase política situada de manera clara a la defensiva y un cambio creciente en el electorado, mientras que a la crisis mencionada se sumaba el enfrentamiento global de la judicatura con la clase política. Lo que nos interesa de forma especial es llegar a algunas conclusiones fundamentales acerca del presente estado de la democracia italiana, del grado en que se han solucionado los problemas que tenía planteados y de las semejanzas o diferencias que puede ofrecer con respecto a la política de otras latitudes.

Poco cabe decir en relación con la clase política de la Primera República. Quienes han resultado mejor parados en esta fase final han sido los que han procurado desvincularse de sus afiliaciones partidistas previas y han sido capaces de lograr un prestigio moral e incluso de gastarlo asumiendo las magistraturas políticas fundamentales. En ellos han tenido que apoyarse los partidos ante la carencia de otra mejor solución. Amato, Ciampi o Scalfaro han mantenido la imagen de dignidad de la dedicación a la tarea pública y han creado una identificación entre el prestigio moral y ella que, quiérase o no, deberá pesar en el futuro y ahora mismo les justifica ante sus compatriotas. Todos ellos han estado a la altura de las circunstancias en gran medida porque, al margen de su pertenencia a un partido, tenían a su favor un prestigio profesional. Pero estos casos han sido excepcionales en el seno de la clase política dirigente, que, por el contrario, lo que ha demostrado es una enorme capacidad para enroscarse en su bunker particular. Quizá el caso más patético puede ser el de personas, como Segni, que eran sinceramente reformistas y que, sin embargo, han sido incapaces de darse cuenta (o de traducirlo en un sentido práctico) de hasta qué punto debían apoyarse en una gran coalición si de verdad querían sobrevivir. El más ridículo es el de quienes han aprovechado una ocasión como ésta para todavía dividirse más, como fue el caso de los democristianos. El parlamento colapso porque a la adscripción partidista se le sumaba esa "transversalidad" que comprometía a los más valiosos a un proyecto de reforma que amenazaba a los demás.

«La imagen del político profesional se deterioró hasta límites insospechados de tal manera que se recuperó el ideal de la política como un producto de una actividad voluntaria y aun ocasional y no como una profesión.»



La resistencia generalizada al cambio ha tenido como consecuencia que la nueva legislación electoral no haya sido aprobada sino en el verano de 1993, cuando ya el electorado había dado signos evidentes de iniciar un cambio.

No se suele tener en cuenta, en efecto, que el elector ya en 1992 había iniciado un camino que las últimas elecciones generales y las posteriores europeas no han hecho sino confirmar. Las encuestas empezaron por testimoniar que un porcentaje creciente de la población juzgaba iguales a todos los partidos políticos, aunque siguiera pensándolos necesarios. Aumentó la abstención y si a ella sumamos los partidos nuevos que se situaban al margen del sistema tradicional se puede situar en alrededor de un 30% el electorado alienado con respecto al comportamiento tradicional del ciudadano italiano. Apareció un fenómeno nuevo, inédito en Italia, en donde lo habitual había sido que los grandes cambios electorales se cifraran tan sólo en décimas de punto porcentual; ahora, en cambio, lo característico fue la volatilidad del electorado. El impacto de la Liga Norte en el comportamiento del elector en 1992 con respecto a 1987 fue superior al que había tenido el crecimiento del Partido Comunista durante los años setenta, cuando parecía inevitable que llegara a ocupar el poder. Disminuyó de manera drástica el elector identificado en exclusiva con un partido político, cuando hasta entonces había tenido un papel decisivo: ahora quedó reducido a tan sólo el 16%. Las campañas electorales se convirtieron en mucho más decisivas, no tanto por los contenidos propiamente dichos como por lo influyente que podía llegar a ser el modo de presentarse en un determinado momento un grupo político ante el electorado. La imagen del político profesional se deterioró hasta límites insospechados de tal manera que se recuperó el ideal de la política como un producto de una actividad voluntaria y aun ocasional y no como una profesión.

El resto es bien conocido. Hasta el momento no hemos hecho mención de los procesos judiciales en contra de miembros preminentes de la clase política y bueno será recordar lo tardío y, al mismo tiempo, lo grave de este último aspecto de la crisis. En realidad los casos de corrupción habían aparecido ya en los años setenta. Lo característico de cuanto sucedió en los noventa es que se desveló no tanto el escándalo de la financiación fraudulenta de los partidos como su magnitud y su generalización. El peor testimonio de lo que debe ser una clase política lo dio, por supuesto, Craxi que en este momento final no sólo convirtió su "decisionismo" en intemperancia para quienes cumplían con su misión al perseguirle sino que, además, pretendió no sólo culpar a periodistas o jueces de su supuesta ejecución política sino que trató de legislar contra ellos. "No es oro todo lo que reluce", aseguró, sin darse cuenta de que la frase resultaba de aplicación para su caso en el pasado.

«Pero el tiempo transcurrido después de las elecciones testimonia que el cambio que se ha producido, a pesar de radical, ofrece muchísimas pruebas de ambigüedad y aun otras que testimonian, más que ella, un claro empeoramiento con respecto a la etapa precedente.»



Lo sucedido en las elecciones testimonia a la vez la magnitud del desprestigio de la clase política y la ceguera de quienes no se daban cuenta de que las condiciones de la vida pública habían cambiado de forma definitiva con el establecimiento de una ley mayoritaria. Como en toda etapa revolucionaria —y ésta lo era— hubo casos de auténtica crueldad de la opinión pública con sus antiguos representantes. Por un momento pudo parecer que sería la izquierda del PDS quien triunfaría porque había logrado una gran coalición, no estaba implicada en grandes escándalos y tenía a su favor el presentarse como una alternativa que había intentado actuar como tal durante casi medio siglo con escaso éxito. No se tuvo en cuenta, sin embargo, que el antiguo PCI había perdido nada menos que el 40% de su voto durante el período 1989-1992, es decir, el inmediatamente posterior a la caída del muro de Berlín. Cuando apareció otra gran coalición electoral con la ventaja de la novedad y la apariencia de no ser profesional de la política, obtuvo un gran triunfo electoral, que las elecciones europeas han ratificado. Pero el tiempo transcurrido después de las elecciones testimonia que el cambio que se ha producido, a pesar de radical, ofrece muchísimas pruebas de ambigüedad y aun otras que testimonian, más que ella, un claro empeoramiento con respecto a la etapa precedente. Lo esencial, por supuesto, no es que haya o deje de haber ministros neofascistas en el poder sino ese carácter drástico del cambio político experimentado. Por mucho que llame la atención la discrepancia fundamental de referencias acerca del pasado mussoliniano que se da entre los neofascistas y el resto de los elegidos, no parece en absoluto que esté en peligro el sistema democrático en Italia; en esta cuestión es muy posible que se haya abusado, por parte de los excomunistas, de la dialéctica del antifascismo. Lo que llama la atención de manera especial es que habiéndose producido una ruptura política tan decisiva, sin embargo no parecen estar en camino de solucionarse los problemas esenciales que tenía hasta el momento la democracia italiana. El sistema partitocrático ha desaparecido y se ha renovado por completo la clase política pero el resultado produce perplejidad. "Forza Italia" no es un partido sino, a lo sumo, una serie de clubs, una forma de organización no sólo peregrina sino ajena a cualquier tipo de estructura democrática. Parte de la nueva clase política son profesionales marginados por los antiguos partidos pero muchos otros son simples empleados de Berlusconi. Ha desaparecido la financiación pública de la actividad política pero no está claro el límite de la financiación privada de las elecciones, por ejemplo. Y todo ello sin tratar del papel de los medios de comunicación en ellas gracias a ese "peronismo catódico" en que, a decir de algunos consiste el motor del Presidente italiano. Esos "sujetos populares", ideologías encarnadas en importantes segmentos sociales, han desaparecido y

por supuesto está por completo justificado que así haya sido. Ahora bien, el sustituto ha sido un confuso magma seudoliberal y, sobre todo, un populismo de perfiles más que imprecisos. Es cierto que en el fin de siglo que estamos viviendo los políticos se han convertido en objeto de consumo (para usar y tirar) por parte de un electorado excepcionalmente volátil. Pero ello les obliga a practicar simplificaciones extremas. El populismo en variadas versiones parece, al menos por el momento, la enfermedad infantil de la renovación. En tercer lugar lo que no resulta ni mucho menos claro es que el cambio producido en Italia haya tenido como consecuencia un sistema político con una alternativa a quienes ejercen el poder. Hay una derecha todavía desvertebrada y caótica pero frente a ella no hay nada con posibilidad de sustituirla ni tampoco nada susceptible a experimentar ese proceso de "transformismo" que ha sido una constante en la política italiana contemporánea. En el campo de la izquierda lo que hoy descubrimos es un desierto. En definitiva, el paso de la Primera a la Segunda República sigue siendo a estas alturas una incógnita. En realidad no se trata de un caso excepcional o diferente de un proceso que de hecho se está dando en todo el mundo y que consiste en el cuestionamiento de la democracia, no en su esencia sino en su práctica diaria. La necesidad de transformarla parece evidente pero el caso italiano testimonia que, si bien era obvia la exigencia del cambio, el resultado por lo menos a corto plazo resulta más que dudoso. Estamos ante un proceso sin final conocido, apasionante pero ambivalente, que será preciso observar con los ojos bien abiertos.

Algunas lecturas sobre Italia de la primera a la segunda República

- Luciano CAFAGNA, *La grande slavina. L'Italia verso la crisi della democrazia*, Venezia, Marsilio, 1993.
- Angelo CODEVILLA, "A second Italian Republic?", en *Foreign Affairs*, Summer, 1992.
- Renato MANHEIMER, Giacomo SANI, *La rivoluzione elettorale. L'Italia tras la prima e la seconda repubblica*, Milano, Anabasi, 1994.
- Giuseppe MAMMARELLA, *La prima repubblica della fondazione al declino*, Bari, Laterza, 1992.
- Sebastiano MESSINA, *La Grande Riforma. Uomini e progetti per una nuova repubblica*, Bari, Laterza, 1992.
- Antonio PELAYO, "Antes y después de las elecciones italianas", en *Política Exterior*, n.º 38, VIII, IV-V 1994.
- Giuseppe SACCO, "L'Italie par des voies secrètes", en *Commentaire*, n.º 61, 1993.
- Massimo L. SALVADORI, *Storia d'Italia e crisi di regime. Alle radici della politica italiana*, Bologna, Il Mulino, 1994.
- Pietro SCOPPOLA, *La Repubblica dei partiti: profilo storico della democrazia in Italia, 1945-1990*, Bologna, Il Mulino, 1991.
- Elio VELTRI, *Da Craxi a Craxi*, Bari, Laterza, 1993.

